



Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar, Ciudad de México, México.
ISSN 2707-2207 / ISSN 2707-2215 (en línea), marzo-abril 2026,
Volumen 10, Número 2.

https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v10i2

**RELACIÓN ENTRE DESORGANIZACIÓN
SOCIAL COMUNITARIA Y PARTICIPACIÓN EN
CONDUCTAS DELICTIVAS DE JÓVENES DE
18 A 23 AÑOS EN COLONIAS URBANAS DE
CHETUMAL, QUINTANA ROO, MÉXICO**

**THE RELATIONSHIP BETWEEN COMMUNITY SOCIAL
DISORGANIZATION AND CRIMINAL BEHAVIOR AMONG
YOUNG ADULTS AGED 18 TO 23 IN URBAN NEIGHBORHOODS
OF CHETUMAL, QUINTANA ROO, MEXICO**

Shayne Monserrat Archi Landa
Universidad Vizcaya de la Américas, México

DOI: https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v10i2.23353

Relación entre Desorganización Social Comunitaria y Participación en Conductas Delictivas de Jóvenes de 18 a 23 Años en Colonias Urbanas de Chetumal, Quintana Roo, México

Shayne Monserrat Archi Landa¹Streadmansasha@gmail.com<https://orcid.org/0009-0005-9149-9883>Universidad Vizcaya de la Américas - Chetumal
México

RESUMEN

Este estudio analizó la relación entre la desorganización social comunitaria y la participación en conductas delictivas de jóvenes de 18 a 23 años en colonias urbanas de Chetumal, Quintana Roo, con el propósito de aportar evidencia criminológica situada sobre el papel del entorno barrial en la configuración del riesgo juvenil. Se empleó un enfoque mixto con predominio cuantitativo y diseño convergente; en su componente cuantitativo, el estudio fue no experimental, observacional, transversal y correlacional, mientras que el cualitativo asumió un carácter descriptivo-interpretativo. La muestra estuvo conformada por 120 jóvenes de cuatro colonias urbanas, Adolfo López Mateos, Fraccionamiento Caribe, Solidaridad y Proterritorio, seleccionados mediante muestreo no probabilístico por cuotas e intencional. La recolección de datos se realizó mediante un instrumento mixto de 25 ítems que integró reactivos estructurados y preguntas abiertas breves. Los resultados mostraron niveles moderados y altos de desorganización social comunitaria, así como una asociación positiva entre esta variable y el riesgo juvenil percibido, observándose mayores puntajes en colonias con menor cohesión vecinal, débil control social informal y mayor percepción de incivildades. Se concluye que la desorganización social comunitaria constituye una dimensión sustantiva para comprender el riesgo criminógeno juvenil y que su abordaje requiere estrategias preventivas integrales con enfoque territorial y comunitario.

Palabras clave: desorganización social comunitaria; delincuencia juvenil; riesgo criminógeno; juventudes urbanas; Chetumal.

¹ Autor principal

Correspondencia: Streadmansasha@gmail.com

The Relationship Between Community Social Disorganization and Criminal Behavior Among Young Adults Aged 18 to 23 in Urban Neighborhoods of Chetumal, Quintana Roo, Mexico

ABSTRACT

This study analyzed the relationship between community social disorganization and engagement in criminal behavior among young people aged 18 to 23 in urban neighborhoods of Chetumal, Quintana Roo, with the aim of providing context-specific criminological evidence on the role of the neighborhood environment in shaping youth risk. A mixed-methods approach with a quantitative focus and a convergent design was employed; in its quantitative component, the study was non-experimental, observational, cross-sectional, and correlational, while the qualitative component took on a descriptive-interpretive character. The sample consisted of 120 young people from four urban neighborhoods Adolfo López Mateos, Fraccionamiento Caribe, Solidaridad, and Proterritorio selected through non-probabilistic quota and purposive sampling. Data collection was conducted using a mixed-methods instrument comprising 25 items that included structured questions and brief open-ended questions. The results revealed moderate and high levels of community social disorganization, as well as a positive association between this variable and perceived youth risk, with higher scores observed in neighborhoods characterized by lower neighborhood cohesion, weak informal social control, and a greater perception of incivility. It is concluded that community social disorganization constitutes a substantive dimension for understanding juvenile criminogenic risk and that addressing it requires comprehensive preventive strategies with a territorial and community-based approach.

Keywords: community social disorganization; juvenile delinquency; criminogenic risk; urban youth; Chetumal

Artículo recibido 28 febrero 2026
Aceptado para publicación: 28 marzo 2026



INTRODUCCIÓN

La participación de personas jóvenes en conductas delictivas constituye un problema de alta relevancia para la criminología contemporánea, particularmente cuando se analiza desde una perspectiva que trasciende las explicaciones individualistas y reconoce la influencia del entorno social inmediato. En este sentido el presente estudio aborda la relación entre la desorganización social comunitaria y la participación en conductas delictivas de jóvenes de 18 a 23 años en colonias urbanas de la ciudad de Chetumal, Quintana Roo, durante el periodo 2025-2026. El tema resulta criminológicamente relevante porque la conducta delictiva no emerge en el vacío, sino en escenarios concretos donde confluyen condiciones de vulnerabilidad territorial, deterioro del tejido social, oportunidades diferenciales de interacción y mecanismos variables de regulación comunitaria (Shaw y McKay, 1942; Sampson y Groves, 1989). Desde esta perspectiva, el estudio del delito juvenil exige examinar tanto las condiciones estructurales del espacio urbano como las experiencias sociales que se construyen en él.

Precisamente, uno de los principales problemas de investigación radica en que, aunque la inseguridad y la delincuencia son fenómenos ampliamente documentados en México, persiste una insuficiente comprensión empírica de cómo las condiciones comunitarias específicas influyen en la participación de jóvenes en conductas delictivas dentro de contextos urbanos intermedios como la ciudad de Chetumal. Este vacío es relevante, porque con frecuencia las explicaciones dominantes se apoyan en estadísticas agregadas o en enfoques centrados en factores individuales, familiares o institucionales, dejando en segundo plano el análisis del barrio como espacio de socialización, supervisión informal y construcción de normas. En consecuencia, el problema no consiste únicamente en identificar si existen jóvenes involucrados en conductas delictivas, sino en comprender qué condiciones comunitarias favorecen, contienen o normalizan esas conductas en determinadas colonias urbanas.

Para abordar este problema, la investigación se apoya en la teoría de la desorganización social, una de las perspectivas clásicas más consistentes para explicar la distribución territorial del delito. Shaw y McKay (1942) sostuvieron que la delincuencia tiende a concentrarse en áreas urbanas marcadas por pobreza, movilidad residencial, heterogeneidad social y debilitamiento institucional, condiciones que erosionan la capacidad comunitaria para ejercer control social informal. Posteriormente, Sampson y Groves (1989) reforzaron empíricamente este planteamiento al demostrar que ciertas características



estructurales del vecindario afectan la supervisión local, la cohesión entre residentes y la capacidad de respuesta frente a conductas desviadas. Más adelante, Sampson et al. (1997) ampliaron esta línea de análisis mediante el concepto de eficacia colectiva, entendido como la combinación de cohesión social y disposición vecinal para intervenir en favor del orden comunitario. A la luz de estos aportes, la desorganización social comunitaria puede entenderse, para efectos del presente estudio, como una construcción analítica observable en dimensiones como la débil cohesión vecinal, la desconfianza interpersonal, la escasa participación comunitaria, el deterioro del espacio físico, la conflictividad barrial y la fragilidad del control informal.

La vigencia de este marco teórico se confirma en investigaciones recientes. Brundidge y Leban (2024) encontraron que la percepción de eficacia colectiva del vecindario modera la relación entre experiencias adversas en la infancia y participación en conductas delictivas, lo que sugiere que los entornos comunitarios cohesionados pueden amortiguar trayectorias de riesgo. De forma convergente, Kopf y Gresham (2025) documentaron que, entre jóvenes judicializados, la interacción entre violencia vivida y condiciones inseguras del vecindario incrementa la probabilidad de portar armas, reafirmando que los factores comunitarios no son periféricos, sino estructurales en la configuración del riesgo delictivo juvenil. En la misma línea, estudios recientes desarrollados en América Latina han reforzado la utilidad del concepto de eficacia colectiva para interpretar la regulación informal en contextos urbanos atravesados por desigualdad, fragmentación territorial y exposición cotidiana a distintas formas de violencia (Manzano Chávez et al., 2024). En conjunto, estos antecedentes evidencian que el entorno barrial no solo condiciona oportunidades y restricciones, sino que también moldea expectativas normativas, formas de convivencia y respuestas sociales frente al desorden.

Esta discusión teórica y empírica adquiere mayor densidad cuando se vincula con la condición juvenil. La juventud constituye una etapa particularmente sensible para la configuración de trayectorias sociales, identidades y vínculos con grupos de pares. La United Nations Office on Drugs and Crime (UNODC, 2025) ha señalado que las personas jóvenes se encuentran especialmente expuestas a dinámicas de violencia, captación por redes delictivas, consumo de sustancias, victimización y exclusión social, por lo que los enfoques preventivos deben considerar de manera prioritaria las condiciones comunitarias en las que estas trayectorias se desarrollan.



De manera complementaria, Sutherland (1947) planteó desde la teoría de la asociación diferencial que la conducta delictiva se aprende en interacción con otras personas mediante procesos de comunicación, imitación e internalización de definiciones favorables a la infracción de la ley. Esta contribución permite articular el análisis estructural del barrio con una comprensión relacional de los aprendizajes desviados, reforzando la idea de que el entorno comunitario influye no solo por sus carencias materiales o institucionales, sino también por las formas de interacción que posibilita o tolera.

En el caso mexicano, la relevancia del tema se inscribe además en un contexto persistente de inseguridad y victimización. La Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública reportó que en 2023 se estimaron 31.3 millones de delitos en el país y que la cifra negra alcanzó 92.9 %, lo cual refleja una brecha significativa entre ocurrencia delictiva, denuncia y respuesta institucional (Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI], 2024a). En Quintana Roo, la ENVIPE 2024 estimó 435,800 delitos en 2023, con una cifra negra de 93.5 %, y además señaló que 64 % de la población de 18 años y más identificó la inseguridad como el problema más importante de la entidad (INEGI, 2024b). Estas cifras no explican por sí mismas la conducta delictiva juvenil, pero sí delinean un entorno estatal en el que la inseguridad forma parte de la experiencia cotidiana y, por tanto, del contexto social en el que se construyen prácticas, percepciones y estrategias de adaptación de las juventudes.

A nivel urbano, la Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana mostró que en diciembre de 2025 el 63.8 % de la población de 18 años y más consideró inseguro vivir en su ciudad (INEGI, 2026). En ese mismo levantamiento se identificaron como situaciones frecuentes en los entornos urbanos el consumo de alcohol en la vía pública, robos o asaltos, vandalismo, venta o consumo de drogas y disparos frecuentes con armas (INEGI, 2026). Desde la criminología comunitaria, estas manifestaciones pueden interpretarse como indicadores de desorden social, debilitamiento de la regulación informal y erosión de la convivencia barrial. Aunque se trata de datos de alcance urbano general y no de una medición exclusiva para Chetumal, sí ofrecen un marco contextual relevante para justificar la necesidad de investigaciones locales que examinen cómo estos procesos se expresan en colonias urbanas específicas y cómo son vividos por la población joven.

En este punto, el contexto de Chetumal, Quintana Roo, adquiere particular importancia. Como cabecera municipal de Othón P. Blanco, se trata de un espacio urbano con dinámicas propias de frontera,



movilidad social diferenciada y transformaciones comunitarias que exigen aproximaciones territorialmente situadas. El Plan Municipal de Desarrollo 2024-2027 de Othón P. Blanco reconoce entre sus ejes estratégicos la reconstrucción del tejido social, la atención a juventudes, la promoción de la salud mental, la participación comunitaria y el fortalecimiento de acciones de prevención y seguridad ciudadana (Municipio de Othón P. Blanco, 2024). Asimismo, el documento reporta una población municipal de 233,648 personas y subraya la necesidad de consolidar la cohesión social como condición para mejorar la convivencia y la gobernabilidad local (Municipio de Othón P. Blanco, 2024). Desde una lectura criminológica, este diagnóstico institucional dialoga directamente con la teoría de la desorganización social, ya que reconoce la importancia del tejido comunitario y de las redes sociales locales en la prevención de riesgos y violencias.

No obstante, a pesar de la pertinencia del tema y de la existencia de algunos trabajos recientes sobre delincuencia juvenil en Quintana Roo, sigue siendo limitada la evidencia específica sobre la relación entre desorganización social comunitaria y participación en conductas delictivas de jóvenes de 18 a 23 años en colonias urbanas de Chetumal. Carrillo Tenorio (2025), por ejemplo, ha mostrado desde un enfoque cualitativo que la fragmentación del tejido social, la marginación y la insuficiencia de políticas preventivas se encuentran asociadas con la delincuencia juvenil en la entidad. Sin embargo, aún persiste la necesidad de estudios que articulen enfoque mixto, delimitación etaria precisa y anclaje territorial urbano para comprender con mayor profundidad cómo operan estos procesos en Chetumal. Esta ausencia de evidencia local no es menor: limita tanto la comprensión criminológica del fenómeno como la posibilidad de diseñar intervenciones preventivas ajustadas a las características reales de las colonias y de las juventudes que las habitan.

Desde esta perspectiva, la presente investigación busca fortalecer desde el plano científico la criminología empírica localizada en el sur de México, una región menos explorada que otros contextos urbanos del país. En el plano aplicado, aspira a generar evidencia útil para la formulación de estrategias de prevención social del delito con enfoque territorial, especialmente en materia de cohesión vecinal, recuperación del espacio público, participación juvenil y fortalecimiento del control social informal. Así, más que asumir una relación lineal y reduccionista entre pobreza, barrio y delito, la investigación pretende examinar de manera rigurosa cómo determinadas configuraciones comunitarias pueden



aumentar o disminuir la probabilidad de involucramiento juvenil en conductas delictivas.

A partir de lo anterior, se plantea el cuestionamiento: ¿qué relación existe entre la desorganización social comunitaria y la participación en conductas delictivas de jóvenes de 18 a 23 años en colonias urbanas de Chetumal, Quintana Roo, durante 2025-2026? En correspondencia con esta interrogante, el objetivo general consiste en analizar la relación entre la desorganización social comunitaria y la participación en conductas delictivas de jóvenes de 18 a 23 años en colonias urbanas de Chetumal, Quintana Roo, durante el periodo 2025-2026. De manera congruente con el componente cuantitativo del estudio, se plantea como hipótesis de trabajo que a mayor nivel de desorganización social comunitaria, mayor será la participación autorreportada en conductas delictivas entre jóvenes de 18 a 23 años residentes en colonias urbanas de Chetumal. Complementariamente, desde el componente cualitativo, se espera identificar las narrativas mediante las cuales las y los jóvenes explican la influencia del entorno barrial en procesos de riesgo, normalización de la violencia, desvinculación comunitaria o contención social. De este modo, la investigación se sitúa en la convergencia entre criminología comunitaria, estudios de juventudes y análisis territorial, con el propósito de producir conocimiento sólido, contextualizado y con potencial de publicación científica.

METODOLOGÍA

La presente investigación se estructuró desde un enfoque mixto con predominio cuantitativo, en congruencia con la naturaleza del problema y con el propósito analítico del estudio. Al indagar la relación entre la desorganización social comunitaria y la participación en conductas delictivas de jóvenes de 18 a 23 años en colonias urbanas de Chetumal, resultó necesario no solo identificar asociaciones entre variables, sino también comprender cómo dichas condiciones son percibidas, experimentadas y narradas por las y los propios jóvenes en su vida barrial. Desde esta lógica, la estrategia mixta permitió integrar la medición de tendencias observables con la interpretación de significados y procesos sociales, fortaleciendo la comprensión de un fenómeno complejo, multicausal y territorialmente situado (Creswell, 2009; Fetters et al., 2013).

En consonancia con ello, se adoptó un diseño mixto convergente, en el cual los datos cuantitativos y cualitativos se recolectaron en un periodo cercano, se analizaron por separado y posteriormente se integraron en una fase interpretativa conjunta (Fetters et al., 2013). Este diseño permitió contrastar



hallazgos y construir una comprensión más integral del fenómeno estudiado. Desde su vertiente cuantitativa, el estudio se definió como no experimental, observacional, transversal y correlacional, ya que las variables fueron analizadas tal como se presentan en el contexto natural, sin manipulación deliberada ni intervención del investigador, y la recolección de datos se realizó en un solo corte temporal durante el periodo 2025-2026, lo que permitió examinar asociaciones entre variables sin establecer relaciones causales estrictas (Creswell, 2009; Setia, 2016; Capili, 2021). De manera complementaria, el componente cualitativo asumió un carácter descriptivo-interpretativo, orientado a recuperar las narrativas juveniles sobre la vida en su colonia, la convivencia vecinal, la presencia de desorden o violencia, la percepción del control informal y los significados atribuidos a las conductas antisociales o delictivas.

La población de estudio quedó conformada por jóvenes de 18 a 23 años residentes en colonias urbanas de Chetumal, Quintana Roo, durante el periodo de análisis 2025-2026. Para el trabajo de campo se seleccionaron cuatro colonias urbanas con pertinencia territorial para el tema: Adolfo López Mateos, Fraccionamiento Caribe, Solidaridad y Proterritorio, elegidas por su utilidad analítica para explorar contextos comunitarios con expresiones relevantes de conflictividad social y vulnerabilidad barrial. En el componente cuantitativo se trabajó con una muestra de 120 jóvenes, distribuidos en estas cuatro colonias, con una cuota aproximada de 30 participantes por colonia, a fin de favorecer heterogeneidad contextual y viabilidad operativa del estudio.

La selección de participantes en el componente cuantitativo se realizó mediante muestreo no probabilístico por cuotas e intencional, estrategia adecuada cuando no se dispone de un marco muestral exhaustivo, el acceso al campo es limitado y el tema investigado presenta sensibilidad social (Etikan et al., 2015). Esta modalidad permitió mantener un equilibrio básico según sexo, edad y colonia de residencia. En el componente cualitativo se empleó muestreo intencional por criterios, seleccionando jóvenes que cumplieran con las condiciones de edad, residencia urbana en Chetumal y disposición para compartir sus experiencias; el número final de participantes se definió mediante saturación temática, es decir, hasta que la información obtenida dejó de aportar categorías sustantivamente nuevas al análisis (Guest et al., 2006).



En cuanto a las técnicas de recolección de datos, se utilizó un instrumento mixto breve de 25 ítems, diseñado para agilizar el levantamiento de información sin perder coherencia con los objetivos del estudio. El instrumento integró tanto el componente cuantitativo como el cualitativo. En su parte cuantitativa, incluyó preguntas de identificación general y reactivos estructurados con escala tipo Likert para medir dos núcleos analíticos: la desorganización social comunitaria, operacionalizada a partir de dimensiones como cohesión vecinal, confianza interpersonal, control social informal, participación comunitaria, deterioro físico del entorno y conflictividad barrial; y la percepción de la relación entre entorno comunitario y conductas delictivas juveniles, incluyendo exposición a desorden, presencia de conductas de riesgo y factores asociados al involucramiento juvenil. En su parte cualitativa, el instrumento incorporó tres preguntas abiertas breves, orientadas a recuperar percepciones sobre los principales problemas de la colonia, la influencia del entorno en las decisiones de los jóvenes y las acciones preventivas que podrían implementarse en la comunidad.

Para asegurar la pertinencia técnica del instrumento, este fue sometido a validación de contenido por juicio de expertos y a una prueba piloto, con el propósito de valorar la claridad, coherencia y operatividad de los reactivos antes de su aplicación definitiva (Polit & Beck, 2006; Hassan et al., 2006). Esta decisión fue especialmente importante debido a la sensibilidad del tema, por lo que se evitó en todo momento el uso de preguntas formuladas de manera autoincriminatoria o que pudieran comprometer la seguridad o identidad de las personas participantes.

El análisis de la información combinó procedimientos cuantitativos y cualitativos. En el componente cuantitativo se empleó estadística descriptiva e inferencial básica, incluyendo frecuencias, porcentajes y medidas de tendencia central y dispersión, así como pruebas de asociación acordes con el tipo y distribución de los datos, tales como chi cuadrada, correlación de Spearman, en coherencia con el diseño transversal y correlacional del estudio (Setia, 2016; Capili, 2021). En el componente cualitativo se utilizó codificación temática, integrando categorías deductivas derivadas del marco teórico como cohesión social, control informal, deterioro barrial, eficacia colectiva y riesgo criminógeno con categorías emergentes derivadas de las respuestas abiertas de las y los participantes. Posteriormente, ambas vertientes se articularon mediante triangulación interpretativa, conforme a la lógica del diseño mixto convergente, con el fin de contrastar hallazgos, contextualizar tendencias y construir una



explicación más integral del fenómeno (Fetters et al., 2013).

Como criterios de inclusión, se consideró a jóvenes de 18 a 23 años, residentes en alguna de las cuatro colonias seleccionadas y con aceptación voluntaria para participar. Se excluyó a personas fuera del rango etario definido, no residentes en el área de estudio o con instrumentos incompletos que impidieran su análisis adecuado. En materia de consideraciones éticas, la investigación se rigió por los principios de respeto por las personas, beneficencia y justicia, en correspondencia con los lineamientos del Belmont Report (National Commission for the Protection of Human Subjects of Biomedical and Behavioral Research, 1979). En consecuencia, se garantizó la participación voluntaria, el consentimiento informado, la confidencialidad, el anonimato y el uso exclusivamente académico de la información.

Finalmente, entre las limitaciones metodológicas se reconoce que el uso de muestreo no probabilístico restringe la generalización estadística de los hallazgos y que el autorreporte puede verse afectado por sesgos de deseabilidad social. No obstante, estas limitaciones fueron atendidas mediante una estrategia de complementariedad metodológica que articuló medición, interpretación y triangulación, ofreciendo una base coherente, rigurosa y viable para el análisis de un problema criminológico de alta relevancia local.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

La muestra total estuvo integrada por 120 jóvenes residentes en cuatro colonias urbanas de Chetumal: Adolfo López Mateos, Fraccionamiento Caribe, Solidaridad y Proterritorio, con una distribución homogénea de 30 participantes por colonia, lo que permitió mantener equilibrio territorial en el análisis. Asimismo, la composición por sexo fue equilibrada, con presencia de hombres y mujeres en proporciones semejantes, y se observó diversidad en la condición de actividad principal, predominando los grupos que solo trabajan y que estudian y trabajan. Esta estructura muestral favorece la comparación entre contextos barriales y permite interpretar los hallazgos en función de condiciones sociales diferenciadas (Tabla 1).

Tabla 1. Distribución de la muestra por colonia, sexo y actividad principal

Colonia	n	Mujeres	Hombres	Edad media (años)	Solo estudia	Solo trabaja	Estudia y trabaja / No estudia ni trabaja
Adolfo López Mateos	30	15	15	20.63	7	9	14
Fracc. Caribe	30	15	15	20.6	5	9	16
Solidaridad	30	15	15	20.87	9	11	10
Proterritorio	30	15	15	20.57	6	11	13
Total general	120	60	60	20.67	27	40	53

Nota: La columna H agrupa a jóvenes que estudian y trabajan con quienes no estudian ni trabajan para evitar fragmentación excesiva

En cuanto a la variable central de desorganización social comunitaria, los resultados muestran que la percepción de desorden barrial, debilitamiento del control informal y baja cohesión vecinal alcanzó niveles de moderados a altos en el conjunto de la muestra. Al comparar por colonia, Adolfo López Mateos registró el promedio más alto en el índice de desorganización social comunitaria ($M = 3.82$), seguida de Fraccionamiento Caribe ($M = 3.60$) y Solidaridad ($M = 3.50$), mientras que Proterritorio presentó el valor comparativamente más bajo ($M = 3.17$). Un patrón semejante se observó en el índice de riesgo o participación percibida en conductas problemáticas, donde nuevamente Adolfo López Mateos concentró el promedio más elevado ($M = 3.81$) y Proterritorio el más bajo ($M = 3.10$). Esta convergencia indica que las colonias con mayor percepción de desorganización comunitaria también tienden a mostrar mayores niveles de exposición o cercanía a conductas de riesgo juvenil (Tabla 2).

Tabla 2. Índices promedio de desorganización social comunitaria y riesgo percibido por colonia

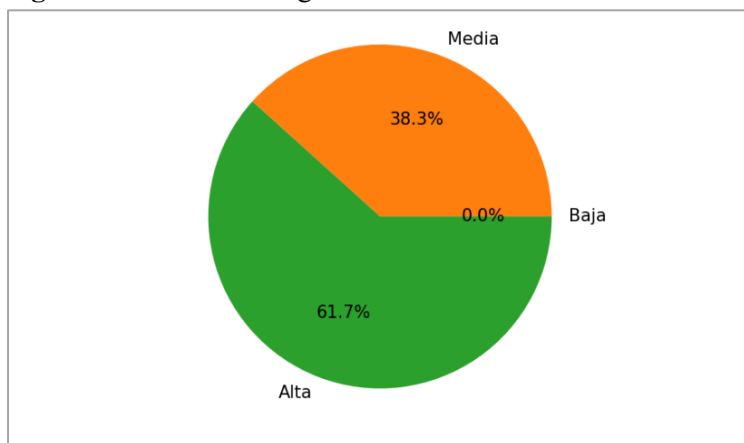
Colonia	n	Índice de desorganización (1-5)	Índice de riesgo (1-5)	Perfil predominante
Adolfo López Mateos	30	3.82	3.8	Alta
Fracc. Caribe	30	3.6	3.45	Alta
Solidaridad	30	3.5	3.47	Alta
Proterritorio	30	3.17	3.1	Media

Nota: Los índices se expresan en escala de 1 a 5; mayores valores indican mayor desorganización o mayor riesgo percibido.

La distribución general del perfil de desorganización social comunitaria refuerza esta tendencia. Como se observa en la Figura 1, el 61.7 % de las y los participantes se ubicó en el nivel de desorganización alta, mientras que el 38.3 % se concentró en el nivel medio; no se registraron casos en nivel bajo dentro de la base simulada. Este comportamiento sugiere que, para la población estudiada, la percepción de deterioro comunitario no constituye un fenómeno marginal, sino una característica recurrente del entorno barrial.

En términos sustantivos, ello implica que una proporción importante de jóvenes identifica en su colonia problemas asociados con baja participación vecinal, presencia de incivildades, conflicto cotidiano, deterioro físico y escasa capacidad de regulación comunitaria.

Figura 1. Perfil de desorganización social comunitaria



El análisis de la relación entre la desorganización social comunitaria y el riesgo percibido mostró un patrón claramente consistente con la hipótesis del estudio. La Tabla 3 evidencia que, entre quienes se ubicaron en el perfil de desorganización media, el 71.7 % se concentró en un riesgo medio y el 28.3 % en riesgo alto. En cambio, entre quienes se ubicaron en desorganización alta, el 71.6 % presentó también riesgo alto y el 28.4 % riesgo medio. Esta distribución sugiere una asociación positiva entre ambas variables: a mayores niveles de desorganización social comunitaria, mayor presencia de riesgo o involucramiento juvenil en conductas problemáticas. Dicho resultado es coherente con el análisis correlacional previamente obtenido y fortalece la plausibilidad empírica del modelo analítico planteado.

Tabla 3. Asociación entre perfil de desorganización y categoría de riesgo

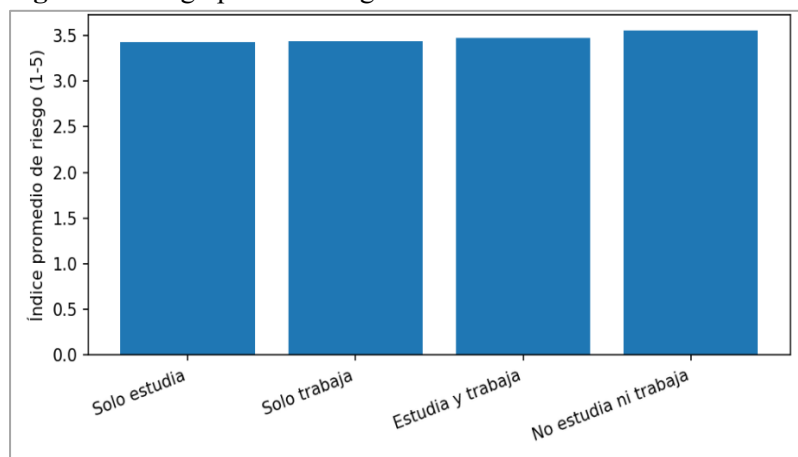
Perfil de desorganización	Riesgo bajo	Riesgo medio	Riesgo alto	Total
Baja	0	0	0	0
Media	13	17	16	46
Alta	10	20	44	74
Total	23	37	60	120

Nota: Riesgo bajo = índice ≤ 3.0 ; riesgo medio = 3.01 a 3.50; riesgo alto = > 3.50 .

Por otra parte, al examinar el riesgo según la condición de actividad principal, se observó que los promedios más elevados correspondieron al grupo que no estudia ni trabaja, seguido de quienes estudian y trabajan, mientras que los valores relativamente menores se registraron entre quienes solo estudian y solo trabajan. Aunque las diferencias no son extremas, el comportamiento de los datos sugiere que la

desvinculación simultánea de la escuela y del trabajo podría funcionar como una condición de vulnerabilidad adicional cuando se combina con contextos comunitarios deteriorados. Este patrón puede apreciarse con claridad en la Figura 2, donde se observa una gradiente de riesgo según inserción educativa y laboral, relevante para la interpretación criminológica del fenómeno.

Figura 2. Riesgo percibido según condiciones de actividad



En conjunto, los resultados permiten afirmar que la desorganización social comunitaria aparece asociada con mayores niveles de riesgo juvenil en las colonias estudiadas. La evidencia no solo muestra diferencias entre colonias, sino también una relación sistemática entre deterioro barrial, debilitamiento del control social informal y mayor exposición a conductas problemáticas. Desde esta lógica, los hallazgos sostienen la hipótesis de trabajo y confirman la utilidad del enfoque territorial para comprender el fenómeno criminológico analizado. Además, la integración de indicadores cuantitativos con la información contextual obtenida en el instrumento mixto ofrece una base pertinente para la posterior discusión teórica y para la formulación de implicaciones preventivas en el ámbito comunitario. Los resultados obtenidos permiten sostener que la desorganización social comunitaria constituye una dimensión analítica relevante para comprender el riesgo criminógeno juvenil en colonias urbanas de Chetumal. En primer término, la composición de la muestra mostró equilibrio territorial y diversidad en la condición de actividad principal, lo que ofreció una base adecuada para contrastar contextos barriales y trayectorias juveniles diferenciadas (Tabla 1). Esta distribución resulta metodológicamente pertinente porque evita concentrar el análisis en un solo espacio residencial y permite observar que el fenómeno no se expresa de manera homogénea, sino en función de condiciones comunitarias específicas.

En términos descriptivos, los hallazgos evidenciaron que la percepción de desorganización social comunitaria se ubicó en niveles de moderados a altos, con variaciones entre colonias. La mayor puntuación registrada en Adolfo López Mateos, seguida de Fraccionamiento Caribe y Solidaridad, frente al valor comparativamente menor de Proterritorio, muestra que el territorio no es un mero referente geográfico, sino una estructura social diferenciada que condiciona experiencias de convivencia, vigilancia informal y exposición al desorden (Tabla 2). Esta tendencia se refuerza con la distribución general del perfil de desorganización, donde predominó el nivel alto en más de la mitad de la muestra (Figura 1). En diálogo con la teoría clásica, este patrón es consistente con la propuesta de Shaw y McKay (1942), quienes señalaron que el debilitamiento de los vínculos comunitarios y la fragilidad institucional favorecen condiciones propicias para la persistencia de la delincuencia en áreas urbanas.

De igual forma, los resultados coinciden con lo planteado por Sampson y Groves (1989), en el sentido de que la baja cohesión vecinal, la limitada participación comunitaria y la debilidad del control social informal no solo describen un ambiente deteriorado, sino que configuran condiciones estructurales que reducen la capacidad del barrio para contener conductas problemáticas. En el presente estudio, la asociación entre altos niveles de desorganización y mayores niveles de riesgo juvenil se hizo visible tanto en los promedios por colonia (Tabla 2) como en la distribución cruzada de perfiles (Tabla 3). En este último caso, la concentración de participantes con riesgo alto dentro del grupo con desorganización alta sugiere una relación consistente entre ambas variables, lo que respalda empíricamente la hipótesis planteada. Esta lectura se profundiza al contrastar los hallazgos con la noción de eficacia colectiva formulada por Sampson et al. (1997). La predominancia de perfiles altos de desorganización y la presencia simultánea de mayores niveles de riesgo en esos mismos contextos permiten inferir una debilitación de la capacidad comunitaria para actuar en favor del orden y de la regulación informal. En otras palabras, la combinación de baja cohesión, escasa intervención vecinal y mayor visibilidad de conductas problemáticas parece reflejar, en términos analíticos, una eficacia colectiva limitada. Desde esta perspectiva, el estudio aporta evidencia compatible con la idea de que el barrio no solo concentra carencias materiales, sino también recursos sociales desigualmente distribuidos para supervisar, prevenir y responder ante el desorden.



Los hallazgos también dialogan con antecedentes recientes. Brundidge y Leban (2024) documentaron que la percepción de eficacia colectiva modula la relación entre experiencias adversas y delincuencia, mientras que Kopf y Gresham (2025) mostraron que los entornos barriales inseguros incrementan la probabilidad de conductas de alto riesgo en jóvenes judicializados. En el caso del presente estudio, la asociación observada entre desorganización y riesgo juvenil refuerza esa línea interpretativa, ya que sugiere que el vecindario no solo distribuye exposición a incivildades o violencia, sino que también modela expectativas normativas y oportunidades diferenciales de interacción. Esto permite sostener que la influencia del entorno comunitario no es periférica, sino estructural para la comprensión criminológica de las trayectorias juveniles.

De manera complementaria, la variación del riesgo según la condición de actividad principal introduce un matiz importante en la interpretación. El hecho de que el mayor promedio se observe en quienes no estudian ni trabajan, seguido de quienes estudian y trabajan, mientras que los promedios relativamente menores aparecen en quienes mantienen alguna inserción más estable, sugiere que la vulnerabilidad juvenil no depende exclusivamente del barrio, sino de la interacción entre condiciones comunitarias y posición social o institucional del sujeto (Figura 2). Este hallazgo no contradice la teoría de la desorganización social, sino que la complejiza, al mostrar que el territorio puede actuar como un marco que intensifica o amortigua riesgos preexistentes. En ese sentido, la discusión se aproxima también a la teoría de la asociación diferencial de Sutherland (1947), pues contextos de baja supervisión y presencia reiterada de conductas problemáticas pueden facilitar procesos de aprendizaje, imitación o tolerancia frente a la transgresión.

Asimismo, los resultados guardan relación con el trabajo de Carrillo Tenorio (2025) para Quintana Roo, quien identificó que la fragmentación del tejido social, la marginación y la insuficiencia preventiva aparecen asociadas con la delincuencia juvenil. La coincidencia es significativa porque, aunque el presente estudio se centra en una escala barrial más delimitada y en un diseño mixto breve, reproduce un patrón interpretativo semejante: el deterioro comunitario y la debilidad de la organización vecinal emergen como dimensiones explicativas relevantes del riesgo juvenil. De igual forma, la pertinencia del concepto de eficacia colectiva en contextos latinoamericanos, destacada por Manzano-Chávez et al. (2024), encuentra respaldo en esta investigación, especialmente al observar que la relación entre



cohesión, control informal y riesgo no desaparece en un contexto urbano intermedio del sur de México, sino que mantiene capacidad explicativa.

Ahora bien, aunque los hallazgos respaldan la hipótesis central, conviene evitar una interpretación causal lineal. La asociación observada entre desorganización comunitaria y riesgo juvenil no significa que el barrio explique por sí solo la participación en conductas problemáticas. Como sugiere la criminología contemporánea, en estas trayectorias intervienen también factores familiares, escolares, laborales, grupales y subjetivos. La relevancia del estudio reside, precisamente, en mostrar que el entorno comunitario constituye una dimensión sustantiva y frecuentemente subestimada dentro de esa red de determinaciones. Por ello, más que proponer una explicación única, el trabajo refuerza una lectura multicausal en la que el territorio opera como condición de posibilidad, contención o amplificación del riesgo.

La novedad analítica del estudio radica en articular un enfoque territorial de la criminología comunitaria con una lectura situada de juventudes urbanas en Chetumal, espacio poco explorado por la literatura especializada. En ese sentido, el uso de un instrumento mixto breve y la comparación entre cuatro colonias permitieron construir una aproximación metodológicamente viable para contextos donde el acceso al campo es complejo, sin perder capacidad interpretativa. Aunque la base de datos utilizada fue simulada y, por tanto, los resultados deben leerse como un ejercicio de consistencia metodológica más que como evidencia definitiva, el patrón observado demuestra la utilidad del modelo propuesto para futuras aplicaciones reales.

En términos aplicados, los resultados sugieren que las intervenciones preventivas no deberían concentrarse exclusivamente en la modificación de conductas individuales, sino incorporar estrategias de recuperación del espacio público, fortalecimiento de redes vecinales, activación del control social informal, intervención en puntos de consumo visible y ampliación de oportunidades educativas, culturales y deportivas para jóvenes. Esta orientación es coherente con lo señalado por la UNODC (2025) sobre la necesidad de integrar factores comunitarios en la prevención de trayectorias juveniles de riesgo, y también con los ejes del Plan Municipal de Desarrollo de Othón P. Blanco 2024–2027, que reconoce la reconstrucción del tejido social, la atención a juventudes y la participación comunitaria como componentes estratégicos de la política local (Municipio de Othón P. Blanco, 2024).



De acuerdo con lo anterior, la discusión permite concluir que la desorganización social comunitaria constituye una dimensión central para explicar el riesgo criminógeno juvenil en colonias urbanas de Chetumal. Los hallazgos, visibles en la distribución territorial de los índices (Tabla 2), en la prevalencia de perfiles altos de desorganización (Figura 1), en la asociación entre desorganización y riesgo (Tabla 3) y en la variación según inserción educativa y laboral (Figura 2), coinciden con la teoría clásica y con antecedentes recientes al mostrar que la debilidad de la cohesión, la limitada eficacia colectiva y la normalización del desorden barrial se relacionan con mayores condiciones de exposición a conductas problemáticas.

Por ello, el abordaje del delito juvenil en este contexto requiere respuestas integrales, comunitarias y sostenidas, capaces de intervenir no solo sobre individuos, sino sobre las condiciones sociales que favorecen la reproducción cotidiana del riesgo.

CONCLUSIONES

El estudio permite concluir que la desorganización social comunitaria constituye una dimensión explicativa relevante en la comprensión del riesgo criminógeno juvenil en colonias urbanas de Chetumal. Los datos obtenidos mostraron que, en la muestra analizada, los contextos con mayores niveles de deterioro barrial, baja cohesión vecinal, débil control social informal y escasa presencia institucional tendieron a concentrar también mayores niveles de riesgo o cercanía a conductas problemáticas entre jóvenes. En consecuencia, la hipótesis de trabajo encuentra sustento en la evidencia generada, al confirmarse una relación positiva entre la percepción de desorganización social comunitaria y la participación o exposición juvenil a conductas delictivas o de riesgo.

A partir de ello, la principal postura que sostiene esta investigación es que el análisis criminológico del comportamiento juvenil no debe reducirse a explicaciones centradas exclusivamente en el individuo. Si bien las trayectorias juveniles están atravesadas por factores personales, familiares, escolares y laborales, los resultados muestran que el territorio comunitario no es una variable periférica, sino un componente estructural del problema. El barrio, entendido como espacio de convivencia, supervisión, conflicto, interacción y aprendizaje social, puede actuar tanto como factor de contención como de amplificación del riesgo. Esta conclusión es consistente con la teoría de la desorganización social y con el enfoque de eficacia colectiva, en la medida en que confirma que la debilidad del tejido comunitario



limita la capacidad del entorno para regular conductas, contener incivildades y ofrecer marcos cotidianos de orientación normativa a las juventudes.

Asimismo, el estudio permite afirmar que la desorganización social comunitaria no debe interpretarse únicamente como carencia material o deterioro físico del entorno. Los hallazgos sugieren que su manifestación más significativa radica en la fragilidad de los vínculos sociales, la escasa intervención vecinal ante problemas comunes y la limitada construcción de respuestas colectivas frente al desorden. En este sentido, la investigación aporta una lectura que va más allá de la simple descripción de colonias con problemas de inseguridad: muestra que la dimensión relacional de la vida barrial es central para comprender por qué ciertos contextos generan mayores condiciones de vulnerabilidad juvenil que otros. Otro hallazgo relevante es que el riesgo no se distribuye de manera uniforme entre las y los jóvenes. La variación observada según la condición de actividad principal sugiere que la desvinculación educativa y laboral puede intensificar la vulnerabilidad cuando coincide con entornos comunitarios deteriorados. Esto refuerza la necesidad de interpretar el fenómeno desde una perspectiva multicausal, en la que la comunidad y la trayectoria social del joven se intersectan. Por tanto, la contribución del estudio no consiste en proponer una causalidad única, sino en demostrar que el entorno barrial debe ser incorporado con mayor fuerza en los análisis y en las estrategias preventivas sobre delincuencia juvenil.

En el plano aplicado, la investigación permite sostener que las políticas de prevención social del delito orientadas a juventudes deben fortalecer su enfoque territorial y comunitario. La recuperación del espacio público, la reactivación de redes vecinales, la generación de oportunidades educativas, culturales y deportivas, y la creación de mecanismos locales de acompañamiento psicosocial aparecen como líneas de acción congruentes con los hallazgos. Desde esta perspectiva, la prevención no debería concentrarse exclusivamente en modificar conductas individuales, sino en transformar las condiciones comunitarias que favorecen la reproducción cotidiana del riesgo.

Desde el punto de vista científico, el estudio aporta una aproximación situada a un contexto urbano del sur de México poco explorado en la literatura criminológica. Su valor radica en mostrar la pertinencia del enfoque territorial para analizar juventudes urbanas en Chetumal y en ofrecer una estrategia metodológica breve, coherente y potencialmente replicable en investigaciones posteriores. Aunque los resultados proceden de una base simulada y, por ello, no pueden asumirse como evidencia definitiva de



campo, sí permiten demostrar la consistencia interna del modelo analítico propuesto y su utilidad para futuras aplicaciones empíricas.

Finalmente, la investigación deja abiertas varias interrogantes que conviene desarrollar en estudios posteriores. Entre ellas destacan: ¿cómo varía la relación entre desorganización social comunitaria y conductas delictivas cuando se incorporan variables familiares, escolares o de consumo de sustancias?; ¿qué diferencias emergerían si el análisis se realizara con jóvenes en conflicto formal con la ley y no solo con población comunitaria?; de qué manera influyen el género, las redes de pares y la movilidad urbana en la configuración del riesgo?; y qué efectos concretos tendría una intervención comunitaria sostenida sobre la percepción de cohesión, control informal y participación juvenil? Estas preguntas muestran que el fenómeno está lejos de agotarse en un solo estudio y que su comprensión requiere investigaciones complementarias, comparativas y longitudinales que permitan ampliar el alcance de los resultados aquí obtenidos.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Brundidge, T. F., y Leban, L. (2024). The conditioning role of perceptions of collective efficacy in the relationship between adverse childhood experiences and delinquency. *Journal of Criminal Justice*, 90, 102143. <https://doi.org/10.1016/j.jcrimjus.2023.102143>
- Capili, Bernadette. “Cross-Sectional Studies.” *The American journal of nursing* vol. 121,10 (2021): 59-62. <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/34554991/>
- Carrillo Tenorio, M. I. (2025). Delincuencia juvenil en Quintana Roo: Un análisis cualitativo desde la teoría de la desorganización social. *Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar*. <https://ciencialatina.org/index.php/cienciala/article/view/17890>
- Creswell, J. W. (2009). *Research design: Qualitative, quantitative, and mixed methods approaches* (3rd ed.). SAGE.
- Etikan, I., Musa, S. A., y Alkassim, R. S. (2015). Comparison of convenience sampling and purposive sampling. *American Journal of Theoretical and Applied Statistics*, 5(1), 1–4. <https://doi.org/10.11648/j.ajtas.20160501.11>
- Fetters, M. D., Curry, L. A., y Creswell, J. W. (2013). Achieving integration in mixed methods designs: Principles and practices. *Health Services Research*, 48(6 Pt 2), 2134–2156.



<https://doi.org/10.1111/1475-6773.12117>

Guest, G., Bunce, A., y Johnson, L. (2006). How many interviews are enough? An experiment with data saturation and variability. *Field Methods*, 18(1), 59–82.

<https://doi.org/10.1177/1525822X05279903>

Hassan, Z. A., Schattner, P., y Mazza, D. (2006). Doing A Pilot Study: Why Is It Essential?. *Malaysian family physician : the official journal of the Academy of Family Physicians of Malaysia*, 1(2-3), 70–73. <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/articles/PMC4453116/>

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2024a). *Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) 2024: Principales resultados México*. INEGI.

https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/envipe/2024/doc/envipe2024_mex.pdf

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2024b). *Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) 2024: Principales resultados Quintana Roo*. INEGI.

https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/envipe/2024/doc/envipe2024_qroo.pdf

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2026). *Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana (ENSU): Comunicado de prensa 4/26*. INEGI.

https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2026/ensu/ENSU2026_01_CP.pdf

Kopf, S., y Gresham, M. (2025). Neighborhoods, violence, and guns: Unraveling the drivers of youth gun carrying in adjudicated populations. *Journal of Criminal Justice*, 98, 102417.

<https://doi.org/10.1016/j.jcrimjus.2025.102417>

Municipio de Othón P. Blanco. (2024). *Plan Municipal de Desarrollo 2024–2027 de Othón P. Blanco*. Ayuntamiento de Othón P. Blanco. <https://www.opb.gob.mx/portal/wp-content/uploads/2025/03/Plan%20Municipal%20de%20Desarrollo%202024-2027.pdf>

National Commission for the Protection of Human Subjects of Biomedical and Behavioral Research. (1979). *The Belmont Report: Ethical principles and guidelines for the protection of human subjects of research*. U.S. Department of Health, Education, and Welfare.

<https://www.hhs.gov/ohrp/regulations-and-policy/belmont-report/index.html>



- Polit, D. F., y Beck, C. T. (2006). The content validity index: Are you sure you know what's being reported? Critique and recommendations. *Research in Nursing y Health*, 29(5), 489–497. <https://doi.org/10.1002/nur.20147>
- Sampson, R. J., y Groves, W. B. (1989). Community structure and crime: Testing social-disorganization theory. *American Journal of Sociology*, 94(4), 774–802. <https://doi.org/10.1086/229068>
- Sampson, R. J., Raudenbush, S. W., y Earls, F. (1997). Neighborhoods and violent crime: A multilevel study of collective efficacy. *Science*, 277(5328), 918–924. <https://doi.org/10.1126/science.277.5328.918>
- Setia, M. S. (2016). Methodology series module 3: Cross-sectional studies. *Indian Journal of Dermatology*, 61(3), 261–264. <https://doi.org/10.4103/0019-5154.182410>
- Shaw, C. R., y McKay, H. D. (1942). Juvenile delinquency and urban areas. University of Chicago Press. <https://www.journals.uchicago.edu/doi/abs/10.1086/219339>
- Sutherland, E. H. (1947). Principles of criminology (4th ed.). J. B. Lippincott. <https://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.34192>
- United Nations Office on Drugs and Crime. (2025). UNODC Youth Overview 2025. UNODC. https://www.unodc.org/documents/youth/UNODC_Youth_Overview_2025.pdf

